

La leyenda de la Poza de los Aljibes y el ciervo guisado de Juli

PEDRO AGUILAR SERRANO



Guadalajara otoño es una explosión de luz y color, más sugerente aún que en primavera. Me acerqué a las faldas del Pico **Ocejón**. Las vi teñidas de un manto vino burdeos, y desde allí quise descubrir el misterio que esconden las **Pozas del Aljibe**. Una vez más comprobé que, como sucede en cualquier viaje, en esta ruta no importa tanto la meta sino el camino. Quien no sea capaz de amar la naturaleza después de andar por el **Parque Natural de la Sierra Norte** en noviembre es mejor que no salga de casa, o como dicen por aquí: "¡Mejor será que se acerque hasta la poza!"



En **Campillo de Ranas** hablar del Aljibe trae mal fario. Este capricho de la naturaleza es a la Sierra, lo que el viaducto a Madrid: un lugar de últimas y malas intenciones. En verdad se trata de un cambio de nivel del arroyo del Soto "luchando por alcanzar el río Jarama". El entrecomillado es de Francisco Maroto, Paco, el alcalde de Campillo y uno de los mejores embajadores de esta tierra fuera de nuestras fronteras. Él nos indica el camino, aunque no tiene pérdida porque está perfectamente señalizado.

A las pozas se puede ir desde **El Espinar**, desde Roblelacasa o desde Campillo de Ranas. Yo recomiendo esta última, primero porque pasa por Roblelacasa, lo cual es añadir aliciente a la ruta (y son sólo 15 minutos más de paseo), y segundo porque el paisaje es más espectacular que desde El Espinar. Hoy la ruta la vamos a hacer andando, con garrota. El trayecto nos supone una hora y media de ida y otro tanto de vuelta. La dificultad es poca y el camino perfecto, aunque con algunos desniveles que vienen bien, nos obligan a bajar el ritmo y disfrutar del paisaje.

La entrada en el valle con el coche (una hora y media desde Madrid y menos de una hora desde Guadalajara) ya es en sí un espectáculo. En cada golpe de vista se ve una postal. La viveza de los tonos amarillos y rojizos de la hoja en decadencia, convierte las faldas de la Sierra en una paleta de pintor. El fognazo de luz de los robles, el verde oscuro de la jara, el negro de la pizarra y la claridad de los primeros pastos nos llegan a emocionar en los primeros pasos.

Al salir de Campillo por la Plazuela del Olmo, con su fuente redonda de lajas de pizarra, bajamos hacia el arroyo para luego subir, en un pequeño tramo de carretera, hasta Roblelacasa. El descenso se hace entre robles, por una senda marcada por cercas de piedra, vigilados por las vacas que pastan extrañadas junto a nosotros. En la ascensión es obligado echar la vista atrás y ver la anchura del valle desplegarse ante nuestros ojos, limpia y diáfana, presidida por la peculiar torre de la iglesia de Campillo y por la mancha negruzca, más al fondo, que forman las casas de Majaelrrayo.

Roblelacasa es un pueblo modesto que se extiende por la ladera que mira hacia el Jarama. Para no perder ritmo, tomaremos la carretera que atraviesa el pueblo y, nada más pasar la iglesia, a mano izquierda veremos un monolito junto a un campo de juego de bolos: por allí descenderemos, calle abajo, hasta dejar las casas a nuestra espalda.

Cada recodo del camino nos pide una foto nueva y diferente a la anterior. ¡Menos mal que ya no hay carretes! En un momento dado dejamos de apretar el gatillo y paramos a disfrutar, conscientes de que estamos asistiendo a un espectáculo único que, aunque se repite todos los años, tiene una duración determinada, apenas un mes. Somos unos privilegiados y eso hace que se dispare la adrenalina.



<http://comeryandarporlaalcarria.blogspot.com.es/>